

No vienes aquí puro é inocente, como muchos que pasan casi del claustro materno á este claustro de penitencia y de muerte. Vienes despues de haber combatido y con las heridas del combate; vienes despues de haber naufragado y con las señales del naufragio. Dínos si, al gustar todos los frutos de la tierra, no te han sabido á ceniza. Dínos si, al recojer todas las glorias mundanales, no te han dejado entre las manos las manchas y el hedor de la pereza. Dínos si has podido encontrar poder sin combates, amor sin celos, placer sin cansancio, verdad sin negaciones, gloria sin envidia, laurel sin veneno, cuerpo sin sombra, belleza sin defecto, virtud sin calumnia, vida sin muerte, esperanza sin engaño, para que puedas sentir como este claustro que se parece á una sepultura, y este sayal que se parece á un sudario, esas escalas de los altares, donde comienzan las escalas de la eternidad, y este panteon poblado de vivientes solitarios, y esta campana que anuncia todos los días tu último trance, y esta iniciacion diaria de la muerte, no cuadran mas á nuestra frágil naturaleza que todos los dramas de ese mundo engañoso, desenlazados siempre por las mismas irreparables catástrofes.

Así es que el puerto, contra la maldad y sus asechanzas, se halla en el sacramento del orden, y el sacramento del orden se confiere, si por las manos del obispo, mas por el ministerio del Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, á quien San Justino llamó espíritu profético, San Ireneo espíritu de gracia, San Clemente el paráclito, Taziano el embajador, San Juan el don de los dones, San Agustin el dedo de Dios, Teófilo la sabiduría, San Basilio la imágen del Padre, San Atanasio la imágen del Hijo, y el símbolo de la Fé aquel que del Padre y del Hijo juntamente procede. Si las criaturas respiran, de él reciben aliento; si aciertan, de él gracia; si buscan á Dios, de él impulso; si rezan, de él inspiraciones; si presienten y profetizan, de él los dones del presentimiento y de la profecía; porque en Dios está como el vapor en las aguas, y como el calor en el fuego, y como la hipóstasis en el alma; todo sabio, todo poderoso, todo santo, eterno, inmutable, inmenso, animacion y vida de cuanto existe, movimiento de cuanto se mueve, consustancial con el Eterno, y en cuya adoracion debemos todos recrearnos, porque, al recibirlo, recibimos en nuestro seno mortal, á la misma divinidad en esencia, siendo emanacion de Dios, como emanacion del sol, los rayos que nos iluminan y nos vivifican. El Espíritu Santo fué el aliento que pobló de vida lo vacío, la luz que iluminó de resplandores el caos, la voz que llamó al hombre á levantarse del barro de la tierra, el soplo que nos trasmitió la sustancia del alma, la palabra que despertó á los ángeles en las rosadas auroras de la gloria, el fuego que condujo al través de los desiertos de Egipto á los escogidos hijos de Israel, la idea divina que ha juntado á todas las almas cristianas en el regazo de la Iglesia, como habia juntado antes los astros y las luminarias en la inmensidad de los cielos; la

unidad hipostática del Padre con el Hijo, del Eterno con el Verbo, de la esencia con la sustancia en la inconmensurable Trinidad.

Y tus ojos han recibido, hijo mio, en este momento solemne y en esta sacratísima ceremonia su luz sin quebrarse, y tu pecho su soplo sin estallar en mil pedazos; y tu corazon su amor sin consumirse; y tu vida su inspiracion sin desvanecerse; evidente demostracion de la divina misericordia, que puede mandarnos la esencia incomunicable y atravesar con ella nuestra alma sin que recibamos ningun detrimento, pasando por nosotros como pasa á través del trasparente cristal la immaculada luz del dia. Si un gusanillo recibiera nuestra alma y pudiere elevarse hasta nuestros conceptos y nuestras ideas ¿no sentiria en su diminuto cuerpo, fabricado para los inferiores instintos de la vida, tal cansancio que le causara la muerte? Y nosotros, gusanos tambien de la tierra; nosotros, que distamos de lo divino más que de lo humano dista el insecto, nosotros podemos en nuestra pequeñez recibir el Espíritu Santo, que ha dorado los mundos y ha movido las alas de los ángeles, sin rompernos en mil pedazos como frágil materia que contiene una luz demasiado viva. Lo han llamado sobre nuestra frente los clamores de la Iglesia y sobre nuestra frente se ha posado. Este barro inmundo, ha podido elevarse hasta Dios mismo, á la manera de esas nubes que el sol enrojece al caer las tardes, sobre el ocaso, y que parecen otro nuevo sol. Levantémonos, pues, á dar gracias al cielo. Unamos nuestra voz al Te-deum que entonan todas las cosas creadas y todas las cosas increadas. Demostremos que si la aspiracion á subir hácia lo infinito está universalmente repartida, nosotros recibimos una parte principalísima, y no retrocederemos en este camino de ascension á cuyo término superior se encuentra la bienaventuranza, y á cuyo término inferior se encuentra el infierno. Seamos como debemos ser, las criaturas dignas de la predileccion del Creador, ya que despues de habernos dado la luz natural de la conciencia, nos ha dado la luz sobrenatural de la revelacion, y no contento con infundirnos un soplo de su vida, nos ha mandado para sostenerla, bruñirla, santificarla, al Espíritu Santo. Por eso, en todos tiempos y lugares, los que han creído tener en sí una revelacion de este superior Espíritu, se han condenado á la soledad, estimándola mas propicia que el mundo al culto de las divinas inspiraciones. A la venida de nuestro Señor Jesucristo, cuando se preparaban por manera providencial todas las vías á este sublime suceso, en el camino de Gaza á Jerusalem, junto á las toscas piedras que indicaban las tumbas de los primeros patriarcas; bajo las copas de las encinas que escucháran la voz de Jehová dirigida á Abraham; divisando los picos mas altos de las cordilleras de Judea, y oyendo las melodías mas melancólicas de las palmeras del desierto; teniendo hácia la parte oriental, colinas desoladas y hácia la parte occidental, valles risueños, á un lado el mar mediterráneo y á otro lado el mar muerto, multitud de tristes penitentes se congregaban, alimen-



tados sus cuerpos con la miel depositada en los troncos por las abejas errantes, y alimentadas sus almas con las esperanzas depositadas por los profetas en los cantares mesiánicos, para gozar allí la vida contemplativa y descubrir á Dios, desde este bajo mundo, por medio de la oracion mística en puras y beatíficas visiones. ¡Felices mil veces aquellos hombres que veian á Belen, donde la redencion iba á comenzarse, y que escuchaban los rumores del torrente Cedron, arrastrando en sus impetuosas avenidas, con las piedras de las montañas cercanas, los salmos cantados por David al son de su salterio que hacian estremecerse de dolor y de esperanza á un tiempo, las entrañas de la tierra de Hebron, fecundas en religiosas revelaciones! Allí espiraban para el mundo y nacian para la bienaventuranza; abandonaban patria, familia, amistad, amor, é inquirian el eterno ser, objeto de todos sus deseos; dejaban los bienes perecederos, como la alondra las sombras, y bebian en la copa donde se abreven la totalidad de los seres la bebida fortificante del amor divino; desechaban de sí el tumulto de las pasiones con todo su ronco oleage, y componian, acompañados por el coro de las aves y el susurro de las ramas, himnos cuyo tema era cantar las victorias de la oracion sobre la muerte; abrogaban los sacrificios cruentos reconocidos por la ley antigua, y en comidas místicas, donde solo tenian el pan ofrecido por la limosna y el agua rocojada en el torrente, alababan á Dios sin rendirse, sin fatigarse, como no se rinden ni fatigan los mundos en el poema divino que forman con rayos de luz y con parábolas de misterios, consagrado á componer eternas alabanzas.

Bien es verdad que nadie puede hablar en este punto como nosotros, hijos por la misericordia divina de la orden del Cármen, la mas antigua de todas las órdenes religiosas. Sin que yo desconozca los méritos de los benedictinos, á quienes debemos el cultivo de las tierras y la conservacion de la ciencia, despues de la venida de los bárbaros; sin que rebaje esas milicias, medio caballerescas y medio monásticas, que han embrazado escudo y lanza para reconquistar la tumba de Cristo y se han ceñido la cruz roja al pecho para ahuyentar las tentaciones del diablo; sin que en nada arguya á los que siguen al seráfico padre cuya vida fuera la imitacion completa de Cristo y cuya orden la divinizacion de la austeridad y de la pobreza; sin que dispute con los dominicanos que tan grandes oradores han tenido y tendrán siempre en la Cátedra del Espíritu Santo; ninguna de estas órdenes puede compararse en grandeza y antigüedad con la orden del Cármen, á que pertenecemos y en que ha entrado el novicio, de quien celebramos la profesion santísima, con la orden del Cármen, fundada en las cimas del Monte-Carmelo por el mismo profeta Elías, mayor que Moisés, pues si este oyó la voz divina en la ardiente zarza del Oreb y vió la divina presencia en la tempestad del Siná, fué á través de nubes y de sombras, mientras aquel arrebatado en carro de fuego por los arcángeles, contempla la faz del Eterno,

y sin haber pasado por el limbo como los demás padres de nuestra fé, asistió en espíritu al sacrificio del Gólgota y vendrá en persona el dia de la ruina de este nuestro universo á presenciar desde tonante nube el último Juicio.

Todo convida al hombre superior, capaz de un dominio soberano sobre sus instintos y sobre su carne, á la vida monástica, que es, en resúmen, la vida verdaderamente perfecta. No solamente la han abrazado los mejores entre los cristianos, sino que, en la antigüedad, la abrazaron tambien multitud de hombres llamados por la incierta luz de su razon á misterioso presentimiento del bien. Por Judea los Esemos, por Egipto los Terapeutas, por las cavernas del Mar Muerto los Ascetas, por las orillas del lago Maná á la sombra de los templos de Menfis, en la ciudad misma fundada por Alejandro, los solitarios, sectas varias, las cuales unian por regla general en misteriosa confusion la ciencia griega, la Biblia Santa, los vasos rotos y los recuerdos perdidos y los presentimientos del Evangelio, cuya luz, aunque no descendia hasta sus pupilas, calentaba sus párpados. La soledad hizo pues que en aquel mundo entregado á los sentidos, donde los seres racionales adoraban á los seres irracionales, y continuamente resonaban los cánticos al vino y al amor, mezclados con los besos y los suspiros de la orgía, donde la embriaguez de las bacantes pasaba como por una virtud divina, hubiera seres consagrados á la meditacion y á la penitencia, en cuyos sencillos banquetes animados por religiosos coros, se hablara, no del amor como en los banquetes de Platon, sino de Dios y de sus atributos eternos. La soledad inspiró á la antigua Sibila cumana sus versos proféticos de nuestra redencion, que se confunden y se confundirán siempre con los versículos de nuestros Profetas y que mil veces el Espíritu Santo pondrá en nuestros labios como testimonios fehacientes de la verdad de nuestras creencias.

Pues si la soledad ha obrado estos prodigios en las tierras del error ¡cuántos no obrará en estas nuestras tierras de la virtud y de la fé! Hijo, á quien Dios llama hijo predilecto tambien, desde este mismo instante, oye los latidos del corazon y la voz de la conciencia para fortalecerte en la austera profesion que has abrazado. Y si el corazon desmayára, si la conciencia se oscureciera, vuélvete al cielo de rodillas, é implóralo, é importúnalo con oraciones á fin de que llueva sobre tu alma y sobre tu mente su divina gracia.

No te asuste la soledad, que por ella puedes llegar á la compañía de lo invisible y de lo eterno. No tienes padre, es verdad. Pero ¿qué padre igual á Dios? No tienes madre. Pero ¿qué madre como la Virgen del Cármen, cuyas letanias rezas diariamente regocijando al cielo y á la tierra? No tienes, no, esposa. Pero ¿qué esposa comparable en hermosura y en fidelidad á la que acabas de escojer ahora mismo, á esta Santa Iglesia? No tienes hijos; pe-



ro, al consagrarte á Dios, has adoptado por hijos á todos los hombres. Divide tu vida entre el éxtasis celeste, que produce la contemplación de las cosas divinas, y el interior encanto, que produce el trabajo de tu arte. Convierte tu pincel en una aspiración más á lo infinito. Dios tiene atributos esencialísimos, y tanto se le adora con la proclamación de la verdad, como con la práctica del bien y el religioso culto á la hermosura. Después que hayas rezado por medio de la liturgia, reza en buenhora por medio del arte. La lectura de los sagrados libros y la contemplación de las cosas eternas fortalecerán tus facultades creadoras. Traerá á tu seno el cántico de tus hermanos, inspiración, como el aura tibia de la primavera trae en su girar flores y mariposas. Une tu voz al himno que tu comunidad eleva todos los días al cielo, ténue acompañamiento del himno universal elevado por las criaturas á su divino Creador. Desprecia tu cuerpo y cultiva tu alma. Sé sóbrio: que no ha menester muchos manjares ni muchas bebidas quien con ideas tan puras se mantiene. Sé casto: que no encontrarás amor alguno tan placentero como el amor íntimo que en tu alma abrigas. Sé piadoso: que todas las pasiones humanas no valen lo que vale la compasión por el desvalido y por el enfermo. Pon en Dios todos tus pensamientos y relaciona con Dios todas tus penas y todas tus alegrías. Que tu vida sea un continuo holocausto. Nuestra campana te despertará temprano; y mientras duermen los hartos el sueño brutal de los placeres y de las orgías, tú verás la primera luz en los bordes del oriente matizado por la aurora, el primer rocío en las hojas de los árboles humedecidos por la noche, el primer vuelo en el coro de las aves regocijadas por su amor á los resplandores del día. Y así como el trabajador saldrá para el campo con el azadón ó la hoz ó la yunta, saldrás tú para el claustro, con la oración en los labios, cavando los senos inmensos de la conciencia humana y abriendo surcos propios á recibir la semilla de todas las virtudes, y apenas el alba esclarezca los vidrios de las altas ventanas de este cenobio, verás en la iglesia, entre las sombras espesísimas caídas de las bóvedas, la efigie de María Santísima rodeada de una guirnalda de luces, como si las estrellas que se apagan en el cielo se reanimaran en el templo; y cantarás la Salve para que estienda María su manto celeste sobre todos los oprimidos y todos los necesitados y todos los tristes y todos los oprimidos. Y luego desenderás del coro y dirás la misa en cuyas ceremonias, después de haberte apropiado la sustancia misma de Cristo, presente en la hostia consagrada, ofrecerás todos los días, rezos, olvidando tu propio bien para el bien de todas las criaturas. No tendrás mas hogar que tu celda, sepultura anticipada y bendicirás el hogar ajeno henchido con la vida y la alegría de la familia. No tendrás esposa, y anudarás los matrimonios al pié de los altares, para recordarles los deberes que contraen al realizar la comunidad de dos almas en la vida. No tendrás hijos, y bautizarás á los hijos de los demás convirtiéndolos por el sacramento, que borra la pri-

mera culpa en verdaderos ángeles del cielo. No tendrás amigos, y habrás de pedir al poderoso limosna para el pobre, y habrás de encerrarte muchos días en la cárcel del preso, y habrás de consolar con tus palabras al desesperado, y habrás de acorrer al enfermo, y habrás de auxiliar al moribundo y habrás de padecer con todos los que padecen, de llorar con todos los que lloran, de agonizar con todos los que agonizan. Solamente los placeres de la vida te están vedados, las zozobras deliciosas del amor, los goces de la familia, el cariño inmenso de una esposa, la reproducción en los hijos que dilatan el ser, las alegrías únicas, las únicas felicidades sobre la tierra; pero en cambio, tienes derecho por los votos que acabas de hacer y por los juramentos que acabas de prestar, á una participación necesaria en todos los dolores, y á un sorbo en todos los tragos de hiel que apuran los humanos. Esta tierra que tanto alabamos aparece á quien la mira de cerca con los ojos del alma como un peñasco, al cual van agarrados multitud de naufragos; esta vida como un campo de batalla en cuyos sangrientos espacios combaten innumerables ejércitos por seguir venciendo, ó como si dijéramos por seguir peleando; el mal está encendido en cada cosa como su necesaria levadura de hiel y la muerte en cada paso que damos, como sombra necesaria proyectada por todos nuestros días; cada hombre lleva un secreto en su pecho, una tragedia en su vida, un desencanto en todas sus ilusiones, un desengaño en todas sus esperanzas, algo que le obliga á maldecir la realidad erizada de espinas y á suspirar por un ideal cada vez mas alejado y mas irrealizable; de tal suerte que el universo entero, hasta donde los seres creados se dilatan, lleva sobre sí, como una evaporación de lágrimas, como una corona de espinas, como una nube de dolores, como una tempestad de pasiones, como un huracán de ayes y sollozos.

Por eso, hijo mio, como allá sobre el universo, abismo de mundos, y de soles, donde todos combaten, y todos padecen, y todos suspiran, y todos lloran, y todos desean á una, sin que la totalidad de sus deseos pueda realizarse jamás; verdadero infierno en el cual reina la sed inextinguible, el hambre insaciable, la muerte sin entrañas, la pena sin remedio, y se oyen el rechinar de dientes, y el estallido de corazones despedazados, y la ruptura de huesos entre las ruedas de la fatalidad que trituran á todos los seres; así, decía, como sobre este universo tan dolorido y tan oscuro se levantan allá en alturas inaccesibles, iluminados por la luz increada, producidos por el divino amor, transparentes como los aires purísimos, con el eco de la palabra divina en los labios perfumados de oraciones continuas, batiendo sus alas mas bellas que el iris sobre las nubes y pulsando sus arpas áureas como el sol en su zenit, los ángeles encargados de llevar á Dios las oraciones de las criaturas y de estender en las criaturas el soplo de Dios, elévese el sacerdote, como verdadero intermediario entre la tierra y el cielo, sobre los dolores humanos, padeciéndolos todos por la compasión y purificándolos con sus



oraciones y sus penitencias hasta convertirlos á los ojos del Altísimo en puro y aceptable holocausto.

Pero el dolor á que has de consagrarte mas, hijo mio, en esta vida de batallas continuas, es el dolor verdadero, el dolor supremo, el dolor irremediable, aquel de que todos huyen y para el cual no hay mas médico que el sacerdote, ni mas medicina que la oracion, el dolor de la muerte. Sobre todo, así que las gentes huyan del cadáver podrido, tapándose las narices para no percibir lo único que resta en el mundo de la vida humana, tan agitada y tan vanidosa, ve tú sobre esos restos destrozados, recógelos para devolverlos á la tierra donde han nacido, y dirige el alma, cuyo soplo los animó, hácia Dios que la aguarda; y verás al muerto á quien lloran aquí como aniquilado para siempre, entrando como recién-nacido en otro mundo mejor, trocado el sepulcro lleno de gusanos, en cuna llena de flores, por la divina misericordia: que Dios ama sobre todas las cosas el alma humana, y la ilumina y la embellece, cuando es bienaventurada, poniéndola mas allá del coro de los astros y del coro de los ángeles, puesto que por el alma humana, y no por ningun otro ser, bajó en cuerpo visible á la tierra y consumió el mayor de los sacrificios en las cimas sublimes del Calvario.

Ya lo sabes pues. Has de buscar todo aquello que el mundo rehuye y rechaza. Has de buscar al oprimido en sus cadenas, al desgraciado en sus dolores, al enfermo en su lecho, al pobre en su miseria, al moribundo en su agonía, al muerto en su soledad y en su silencio. Has de apropiarte todas las penas para descargar á los demás de su peso. Imita á nuestro divino Redentor: que para escuelas de tan necesaria imitacion, se fundaron estos austerísimos cenobios. Mas inmenso que el espacio, redújose el Salvador á los estrechos límites de nuestro breve cuerpo. Mas duradero que los tiempos, aceptó la ley de la muerte. Sosteniendo en sus manos todas las potestades celestes y terrestres, vistióse el sayal de los esclavos. Creando con una sola palabra de sus labios los mundos y los soles, sometióse en este átomo de polvo, donde nacemos y morimos como míseros infusorios, á las penas diarias del trabajo. Rey de los reyes, bajó su frente coronada por la eterna luz en presencia de la potestad establecida. ¡El! que vistiera al lirio en el valle, al ave en los aires, no tuvo sino el tosco sayal de los perdioseros ¡El! que forjara en las entrañas del planeta todos los metales, mendigó el óbolo con que se compra el pan de cada dia. Las nubes se congregaron á su aliento, y tuvo sed. El fuego del sol se avivó á una mirada de sus ojos, y tuvo frio. Las estrellas se mecieron en el primer dia de la creacion, estáticas para bendecirlo, y escogió por cuna un pesebre. La vida brotó de sus labios, y fué á morir en el patíbulo de los esclavos. Por eso la cruz se levantará eternamente sobre todas las tiaras y todas las coronas y todas las naciones, por ser el signo de la aceptacion voluntaria del dolor y del sacrificio en la triste faz de esta oscurísima tierra.

Hijo mio, acéptalo tú tambien. Unete con la miseria al pié de ese bendito altar. Recibe por compañera inseparable la santa soledad. Ya verás como sometes el corazon á tu albedrío, como llegas á la paz verdadera del alma, como amas hasta la misma tristeza, como bendices la campana que te despierta, la celda que te encierra, el hermano que en sus saludos te recuerda la brevedad de esta vida, el claustro hollado por tantas sombras augustas, la ogiva en cuyas líneas se apoya la zarza y en cuyos vidrios se oye el ruido de la lluvia y el roce de las alas del ave; la cruz solitaria que estiende sus brazos desnudos sobre montones de huesos y que parece humedecida por el rocío de las lágrimas; las blancas azucenas plantadas en las tumbas; el hoyo mismo cavado por tu azadon, donde has de reposar para siempre tras las batallas de esta vida, y has de dormir el sueño de la muerte, y has de aguardar el juicio final, cuando se destruya la tierra y se realice la esperada consumacion de los siglos. No tendrás las tumultuosas asambleas de este mundo, pero tampoco sus calumnias; no sentirás el amor que regocija hasta los huesos, pero tampoco sus desengaños; no apurarás los placeres orgiásticos que encienden la sangre, pero tampoco sus insomnios ni amargos dejos; cuando alguna vez quieras entregarte á la libertad, en las rocas escarpadas y sombrías, en las selvas espesas, en las sombras proyectadas por los árboles seculares, al son de los arroyos, verás levantando allí las manos y los ojos á las alturas, cómo solamente dependes de los cielos. En esas alturas despreciarás la nada de las grandezas humanas, y viendo como todas las cosas mueren y renacen, aprenderás el sentimiento de tu propia inmortalidad. Y el amor á la naturaleza te llevará á dar de comer en el hueco de tu mano á las palomas del valle, cuyo corazon sentirás latir al través de su plumaje, y el amor á los hombres te llevará á buscar al leproso para curarlo, si es preciso, con la saliva de tu boca, y al pobre para darle la mitad del pan que exija tu sustento. Y entonces purificado, sentirás como la inspiracion viene por su propio impulso hasta el seno de tu alma y te obliga con su celeste virtud á construir una columna mas de este templo visible del arte, donde la imaginacion, como un inmenso órgano, produce melodías á cuyos ecos se despierta el ideal divino en la mente inundada de inefable felicidad, que se asemeja en todo á la bienaventuranza. A medida que mayores genios se despiertan, que obras mas luminosas se levantan en la tierra, que sobre la naturaleza brilla la poesía, las fuerzas humanas, acercándose mas á las fuerzas creadoras divinas, purifican el sentimiento, y acercan Dios al hombre y el hombre á Dios, por medio y por virtud del ideal. Artista y monje, en estos dos sacerdocios se encierra un ministerio que debes realizar oyendo las divinas vocaciones. Así habrás embellecido la tierra con tus obras y el alma con tus acciones. Y como, apesar de hallarte en la flor de la juventud, ha de venir un dia la muerte á visitarte, podrás dejar el mundo sin dolor, con la esperanza segurísima de la inmortalidad, viendo desde el borde oscuro del